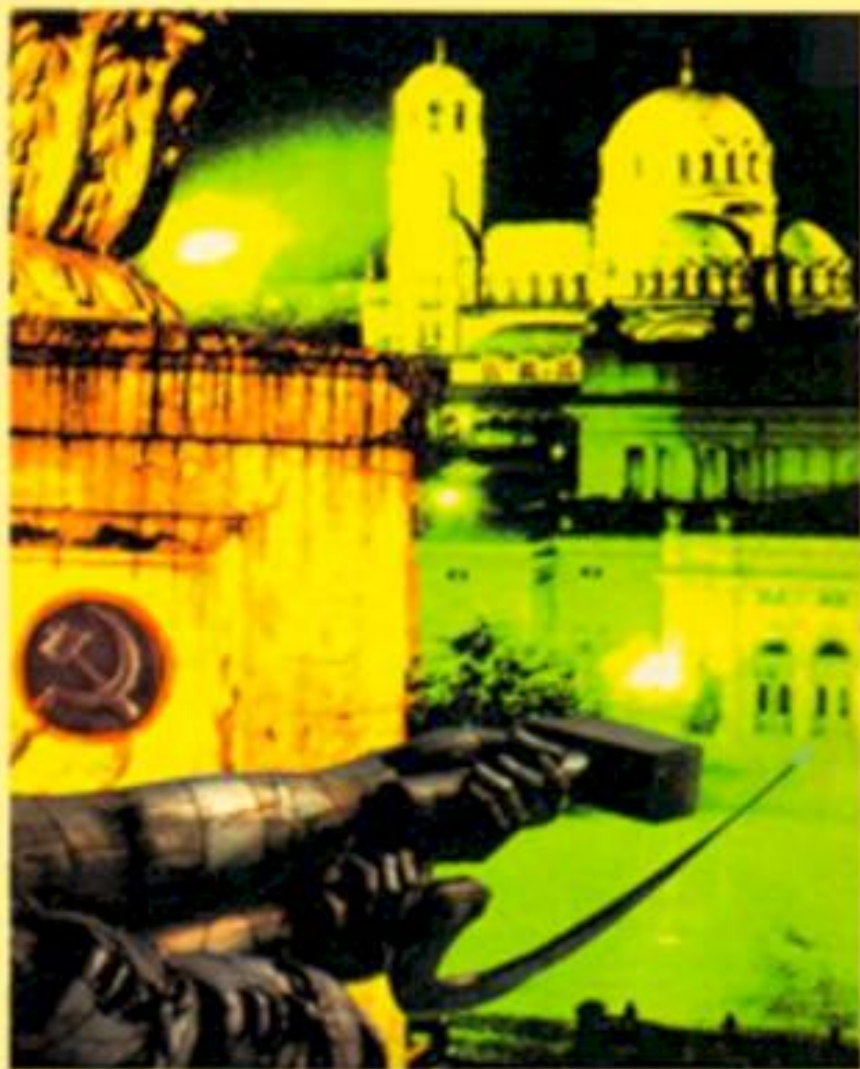


JULIAN BARNES

---

*El puercoespín*



Un expaís socialista va a someter a juicio público a su antiguo presidente y todopoderoso líder Stoya Petkanov, y en su figura se va a juzgar a todos aquellos a quienes ya es imposible sentar en un banquillo y condenar. Peter Solinsky, un joven abogado hijo de un revolucionario de la primera hora, compañero de Petkanov y víctima después de las purgas, es el fiscal asignado al juicio. Cada uno de los contendientes jugará sus cartas en este juicio que pondrá en evidencia el vertiginoso vacío que dejan las utopías fracasadas en las sociedades que las engendraron.

*A Dimitrina*

El anciano estaba de pie, tan cerca de la ventana del sexto piso como se lo permitía el soldado que le vigilaba. Fuera, en la ciudad, reinaba una inusual oscuridad; en el interior, la débil luz de la lámpara del escritorio apenas arrancaba un destello de la montura metálica de sus gruesas gafas. Su apariencia era menos atildada de lo que había esperado el soldado: su traje formaba arrugas en la espalda, y el poco pelo rubio rojizo que le quedaba se alborotaba en mechones. Pero su actitud era de seguridad en sí mismo; había incluso cierta beligerancia en su forma de apoyar firmemente el pie izquierdo contra la línea pintada en el suelo. Con la cabeza ligeramente inclinada, el anciano escuchaba la protesta femenina que estaba desarrollándose en el mismísimo centro de la capital, de esa ciudad que había gobernado durante tanto tiempo. Sonreía para sus adentros.

Se habían congregado en aquella húmeda tarde de diciembre frente a la catedral de San Miguel Arcángel, punto de reunión desde los viejos días de la monarquía. Muchas entraron primero en el templo para encender velas como las que ardían en los candeleros a la altura del hombro: finas y amarillentas velas que tenían tendencia, bien por su mala calidad o por el calor de las llamas próximas, a doblarse por la mitad a medida que se consumían, derramando goterones de cera que salpicaban suavemente al caer en la rebosante bandeja. Luego, armadas con sus instrumentos de protesta, las mujeres salieron a la plaza de la catedral, un lugar que hasta hacía muy poco tenían vedado y que había sido acordonado por tropas al mando de un oficial que vestía un abrigo de cuero sin ninguna divisa que in-

dicara su graduación. La oscuridad era allí todavía más densa, porque en aquella parte de la plaza sólo una de cada seis farolas brindaba su mortecina luz. Muchas mujeres iban ahora por velas más resistentes y blancas. Para ahorrar cerillas, salvo la primera, prendían cada nueva vela con la llama de otra.

Podían verse algunos abrigos de piel sintética, pero la mayoría de las manifestantes se habían ataviado según las instrucciones; más exactamente, no se habían ataviado: parecían recién salidas de la cocina. Delantales sobre un vestido de tela basta estampada, y un grueso suéter encima, el mismo que llevaban para no aterirse en sus apartamentos sin calefacción, y que ahora las protegía del intenso frío reinante en la plaza de la catedral. Y en el bolsón del delantal, o en el bolsillo del abrigo si iban más arregladas, llevaban todas algún utensilio de cocina de tamaño considerable: un cazo de aluminio, un cucharón de madera, un afilador, o incluso, por si las circunstancias llegaran a exigir algún gesto amenazador, un pesado tenedor de trinchar.

La manifestación comenzó a las seis de la tarde, hora en que tradicionalmente las mujeres se hallaban en la cocina preparando la cena, por más que, últimamente, esta palabra, que designaba la principal comida del día, había pasado a significar un simple guiso caliente, entre caldo y estofado, a base de un par de nabos, un cuello de gallina —si era posible encontrarlo—, unas pocas hojas de verdura, agua y pan duro. Pero esa noche no iban a remover aquel mísero condumio con los cazos y cucharones que llevaban en los bolsillos. Esa noche sacaron sus utensilios y comenzaron a agitarlos en el aire, como saludándose unas a otras con una excitación algo tímida al principio. Hasta que se lanzaron.

Cuando las organizadoras, un grupito de seis mujeres del polígono de la Metalurgia (bloque 328, escalera 4), dejaron atrás el empedrado de la plaza y dieron los primeros pasos por el bulevar, en cuyo asfalto liso relucían con brillo

de antracita las cuatro líneas paralelas de los tranvías, se escuchó el primer golpe de un cucharón de aluminio contra un cazo. Durante unos instantes, mientras otras iban sumándose con respetuosa timidez, el ruido mantuvo un compás lento, pausado, como una irreal marcha fúnebre culinaria. Pero cuando el grueso de las manifestantes respondió a aquella invitación, los primeros momentos de solemne orden desaparecieron, y los intervalos de silencio se llenaron con el sonido de nuevos golpes dados por las mujeres que venían detrás, hasta que los aledaños de la catedral, a la que ahora acudían abiertamente los fieles para encontrarse con Dios en silenciosa plegaria, se vieron invadidos por aquel apremiante estruendo doméstico.

Quienes participaban en la manifestación podían distinguir, gracias a la cercanía, las diferentes notas que sonaban: el débil y amortiguado chasquido del aluminio contra el aluminio; el timbre, más agudo y marcial, de la madera contra el aluminio; el sorprendentemente alegre tañido de la madera contra el hierro, que parecía llamar a fajina, y el pesado repiqueteo, como de martillo neumático, del aluminio al golpear contra el hierro. Aumentaba el estrépito a medida que se incorporaban a él más mujeres: un guirigay que nadie en la ciudad había oído antes y que resultaba aún más impresionante por su singularidad y su falta de ritmo: era machacón, opresivo, más hiriente que un grito de dolor. En la primera esquina, un grupo de muchachos, con el antebrazo levantado en un gesto obsceno, prorrumpieron en insultos al paso de las mujeres, pero el fragor hizo que todo lo que consiguieran fuera boquear en vano, sin que sus insultos llegaran más allá del amarillento círculo de luz de la farola a cuyo pie se hallaban.

Las organizadoras habían confiado en congregar a lo sumo unos cuantos centenares de mujeres del polígono de la Metalurgia. Pero el creciente estrépito que seguía las relucientes curvas de la línea 8 del tranvía procedía de varios miles de manifestantes: de los polígonos de la Juventud, la

Esperanza y la Amistad, de los de la Estrella Roja, Gagarin y la Victoria Futura, e incluso de los de Lenin y del Ejército Rojo. Las que llevaban velas, las sostenían en el hueco entre el pulgar y el índice, a la vez que asían con fuerza el cazo o la sartén que habían traído; a cada golpe que daban sobre los cacharros con la cuchara o el cucharón que blandían en la otra mano, la llama de la vela temblaba, derramando un reguero de cera en sus mangas. No llevaban banderas ni gritaban consignas: eso era privativo de los hombres. En vez de ello, ofrecían un concierto de instrumentos metálicos. Y los millares de rostros iluminados por la luz amarillenta de las velas, que saltaban a cada golpe, recordaban un campo de girasoles. Las mujeres salían de la calle Stanov y estaban entrando ya en la plaza del Pueblo, donde los húmedos adoquines semejabán una enorme bandeja llena de brillantes bollos que se burlaran de ellas. Llegaron al macizo Mausoleo, a prueba de bombas, que albergaba el cuerpo embalsamado del Primer Líder, pero la manifestación no se detuvo allí, ni aumentó su volumen sonoro. Cruzó la plaza por delante del Museo Arqueológico, bordeó valientemente la requisada Oficina de Seguridad del Estado, desde donde el anciano atisbaba, sonreía y avanzaba su pie contra la línea blanca, y rodeó luego el elegante palacio neoclásico que hasta hacía poco había sido la sede del Partido Comunista. Varias ventanas de la planta tenían ahora cartones en vez de cristales, y en un ángulo del edificio un intento de incendio, tan entusiasta como falto de medios, había dejado en la fachada un ancho manchón negro que iba del segundo piso al séptimo. Pero las mujeres tampoco se detuvieron allí, excepto algunas, que se pararon un instante a escupir; esta práctica, que se había iniciado cautamente hacía cosa de un año y que, durante un tiempo, se convirtió en una necesidad nacional, hasta el punto de que al final de cada día era menester llamar a los bomberos para que limpiaran los adoquines con el agua de sus mangueras, había empezado ya a perder popularidad.

Aun así, fueron bastantes las mujeres que escogieron esa forma de expresar su desprecio por el Partido Socialista (antes Comunista), de manera que las pisadas de las que iban detrás resbalaron en los escupitajos del empedrado.

El firme ruido doméstico, trasunto del desconsuelo nacional y de los estómagos vacíos, pasó por delante del Hotel Sheraton, donde se alojaban los extranjeros ricos; algunos de los huéspedes miraban expectantes por sus ventanas, sosteniendo velas tal como les habían aconsejado, las cuales, por supuesto, eran de mejor calidad que las que ardían en la calle. Cuando comprendieron la causa de la protesta, algunos se retiraron al interior de sus habitaciones, pensando en la comida que habían dejado negligentemente en sus platos a la hora del almuerzo: taquitos de queso fresco del país, un par de aceitunas, media manzana, una bolsita de té usada solamente una vez... El recuerdo de su irreflexivo derroche les hizo sentir un breve rubor de culpabilidad.

Las mujeres tenían ahora ante sí un breve trayecto hasta llegar al edificio del Parlamento, donde esperaban ser detenidas por los soldados. Pero éstos, intimidados por la cada vez mayor proximidad del estruendo, se habían replegado ya tras las grandes verjas de hierro, cerrándolas y dejando fuera sólo dos hombres, uno en cada garita. Los guardias eran jóvenes reclutas de la provincia oriental, con el pelo recién rapado drásticamente y un limitado bagaje político; mantenían ambos su subfusil en posición horizontal frente al pecho, con la vista fija en algún punto encima de las cabezas de las mujeres, como si estuvieran absortos en la contemplación de un lejano ideal.

A su vez, las mujeres ignoraron a los soldados. No iban en busca de un intercambio de insultos y una provocación que les permitiera saborear el martirio. Hicieron alto a una docena de metros de las garitas y las de detrás se guardaron de empujar peligrosamente hacia adelante. Aquella disciplina contrastaba con la atronadora cacofonía que produ-



cían: un ruido martilleante, punzante, machacón, hambriento, que alcanzó su máxima intensidad de volumen cuando las últimas manifestantes se apretujaron en la plaza. El ruido atravesó sin dificultad las verjas ante el edificio del Parlamento, ascendió por la amplia escalinata y franqueó las dobles puertas decoradas. No respetó normas de procedimiento ni reglas de debate cuando resonó en la Cámara de Diputados, imponiéndose a un debate sobre la reforma agraria y forzando al representante del Partido Agrícola de los Campesinos a interrumpir su discurso y regresar a su escaño. Los diputados gozaban de una brillante iluminación gracias a su grupo electrógeno de emergencia, y por primera vez se sintieron embarazados por su visibilidad; siguieron sentados en silencio, mirándose ocasionalmente unos a otros y encogiéndose de hombros mientras la enorme protesta, que no contenía ninguna palabra pero sí todos los argumentos, invadía el lugar en que trabajaban. Fuera, las mujeres golpeaban sus ollas y sartenes con cazos y cucharones: madera contra aluminio, madera contra hierro, aluminio contra hierro, aluminio contra aluminio. Las velas seguían ardiendo, y la cera goteaba ahora caliente en los pulgares que las aferraban, pero el ruido y las temblorosas luces no cejaban. No hubo ninguna concesión a la palabra, porque durante meses, meses y meses no habían escuchado otra cosa que palabras, palabras y palabras: incomibles, indigeribles palabras. Hablaban con el metal, aunque no con el que solía hablar en ocasiones semejantes, el que dejaba una secuela de mártires. Hablaban sin palabras; argüían, bramaban, exigían y razonaban sin palabras; se quejaban y lloraban sin palabras. Estuvieron haciéndolo durante una hora hasta que, a las ocho, como obedeciendo a una señal secretamente pactada, empezaron a abandonar la plaza frontera al edificio del Parlamento. No cesaron, sin embargo, en su estrépito; en lugar de ello, la estruendosa cacofonía se estremeció como un buey al ponerse de pie sobre sus patas. Y entonces las manifestantes empezaron a

dispersarse desde el centro de la ciudad hacia los bloques de apartamentos más allá de los bulevares: de regreso a la Metalurgia y a Gagarin, a la Estrella Roja y a la Victoria Futura. El ruido cencerreó por las avenidas más amplias, tintineó en los callejones, disminuyendo a medida que avanzaba; ocasionalmente, en alguna esquina, parecía golpearse a sí mismo, sobresaltado y metálico, como un par de platillos baratos.

El anciano del sexto piso de la requisada Oficina de Seguridad del Estado estaba ahora ante su escritorio, dando buena cuenta de una chuleta de cerdo y leyendo el matutino *Verdad*. Oyó un ramal del ruido que regresaba hacia donde él estaba desde la sede del Partido Socialista (antes Comunista). Dejó de comer para seguir atento cómo iba acercándose cada vez más estruendoso, cómo alcanzaba su punto culminante y cómo, finalmente, se alejaba debilitándose. La luz de la lámpara del escritorio daba ahora de lleno en el rostro del anciano. El soldado que le vigilaba a tres metros de distancia supuso que a Stoyo Petkanov le hacía sonreír algún chiste del periódico.

Peter Solinsky y su esposa Maria vivían en un pequeño apartamento del polígono de la Amistad (bloque 307, escalera 2), al norte de los bulevares. Cuando le nombraron fiscal general le ofrecieron un alojamiento más amplio, pero él declinó aceptarlo. Al menos de momento: le pareció que sería una falta de tacto admitir cualquier favor del nuevo gobierno mientras estaba acusando a su predecesor de un masivo abuso de privilegios. Maria encontraba absurdo este razonamiento. No le parecía bien que el fiscal general viviera en el sórdido cuchitril de tres habitaciones de un profesor de derecho y diera por sentado que su mujer tomaría el autobús. Además, era casi seguro que en algún momento del pasado la policía secreta había colocado micrófonos en su piso. Y ya estaba harta de que algún individuo con cara de memo estuviera escuchando, desde algún sótano mohoso, sus conversaciones y Dios sabe si incluso espionando las raras veces que la pareja hacía el amor.

Solinsky había ordenado que limpiaran de micrófonos ocultos el apartamento. Los dos hombres con cazadora de cuero asintieron con gesto de expertos cuando desmontaron el teléfono; pero su pequeño descubrimiento no satisfizo a Maria. Comentó que, para empezar, probablemente lo habían pinchado ellos mismos. Y, por supuesto, tenía que haber más: el teléfono era uno de esos artilugios que se supone que puedes encontrar por ti mismo e imaginarte así que estás a salvo. Pero siempre habría alguien interesado en saber de qué hablaba el fiscal general cuando llegaba a casa del despacho. En tal caso —había replicado Peter—, en cualquier nuevo apartamento al que se mudaran habrían

instalado, probablemente, la última palabra en equipos de escucha, con lo cual el remedio sería peor que la enfermedad.

Había otra razón, sin embargo, para que Peter Solinsky prefiriera quedarse donde había vivido durante los últimos nueve años. Las ventanas de los apartamentos pares de su bloque daban al norte, a un horizonte de bajas colinas que, según los teóricos militares, habían servido como eficaz línea de defensa contra los dacios cuando la ciudad fue fundada hacía un par de milenios. En la loma más próxima, que Peter podía distinguir justo por encima de una capa de aire densa y de aspecto mantecoso, que se agitaba lentamente, se alzaba la Estatua de la Gratitud Imperecedera al Ejército Rojo Libertador: un heroico soldado de bronce, en actitud de avanzar con decisión el pie izquierdo, con la cabeza noblemente erguida y blandiendo por encima de ella un fusil con su reluciente bayoneta. Y, alrededor del pedestal, artilleros de bronce en bajorrelieve defendían la posición con resuelta ferocidad.

Solinsky había ido con frecuencia a visitar la estatua de niño, cuando su padre tenía vara alta en el régimen. Era en aquel entonces un chiquillo muy formal, algo regordete en su flamante uniforme de pionero rojo, al que emocionaban siempre las ceremonias del Día de la Liberación, el Aniversario de la Revolución de Octubre o del Día del Ejército Soviético. La banda militar, con sus instrumentos más brillantes aún que la bayoneta de bronce apuntada al cielo, desgranaba su fúnebre música. El embajador de la URSS y el comandante de las fraternas tropas soviéticas depositaban coronas grandes como neumáticos de tractor, y lo hacían a continuación el presidente de la República y el jefe de las Fuerzas Patrióticas de Defensa. Luego, los cuatro retrocedían al mismo tiempo, en apretada línea, con cierta torpeza, como temiendo encontrarse un inesperado escalón a sus espaldas. Cada año Peter se había sentido halagado y un poco más adulto; cada año había creído con mayor con-

vencimiento en la solidaridad entre las naciones socialistas, en su progreso, en su científicamente inevitable victoria.

Hasta hacía pocos años era frecuente que las parejas de recién casados fueran en peregrinación a Alyosha, como lo llamaban, el día de su boda; permanecían un rato de pie bajo el monumento, derramando lágrimas y rosas, emocionados por la profunda conexión momentánea entre lo personal y lo histórico. En los últimos tiempos esta costumbre se había perdido y, salvo en los días concretos de las solemnidades, los únicos visitantes del monumento eran turistas rusos. Tal vez, cuando depositaban unas pocas flores ante el pedestal, se sentían virtuosos al imaginarse la gratitud de las naciones liberadas.

La luz del alba y la del atardecer iluminaban para la ciudad el distante Alyosha. A Peter Solinsky le agradaba sentarse ante su pequeño escritorio junto a la ventana y aguardar hasta vislumbrar el centelleo de la luz en la bayoneta del soldado. Levantaba entonces la vista y pensaba: «Ésa es el arma que mi país ha tenido clavada en sus entrañas durante casi cincuenta años». Ahora su misión era contribuir a arrancarla.

El acusado en la causa criminal número 1 había sido informado de que a las diez mantendría una entrevista preliminar con el fiscal general Solinsky. Stoyo Petkanov, pues, estaba ya despierto a las seis, ultimando su táctica y sus reclamaciones. Era importante no perder la iniciativa en ningún momento.

Como la primera mañana de su confinamiento, por ejemplo. Tras arrestarle, contra toda legalidad, sin formular ningún cargo, le condujeron a la Oficina de Seguridad del Estado, rebautizada ahora con un nombre burgués. Un maduro oficial del ejército le mostró una cama y una mesa de despacho, le hizo notar la línea blanca semicircular trazada en el suelo, ante la ventana, y luego le entregó unos confetis; eso fue, por lo menos, lo que le parecieron, así que los trató como a tales.

—¿Qué es esto? —preguntó al tiempo que arrojaba los papeles de colorines sobre la mesa.

—Son sus cupones de racionamiento.

—¿Quiere decir que van a ser tan amables de permitirme salir y hacer cola?

—El fiscal general Solinsky ha decidido que, puesto que ahora es usted un ciudadano corriente, es lógico que le afecten también las medidas temporales de austeridad impuestas a los demás ciudadanos corrientes.

—Entiendo... Y ¿qué debo hacer exactamente? —preguntó Petkanov, afectando una sumisión senil—. ¿Qué se me permite?

—Aquí tiene sus cupones para queso fresco; éstos son para queso curado, y estos otros para harina —empezó a

explicarle el oficial, pasando servicialmente las diferentes hojas—, mantequilla, pan, huevos, carne, aceite para cocinar, jabón en polvo, gasolina...

—No necesitaré gasolina, imagino... —Petkanov esbozó una insinuante sonrisa de complicidad—. ¿Tal vez podría usted...?

Pero el oficial estaba ya poniéndose en guardia.

—No, claro, lo comprendo —prosiguió Petkanov—. Serviría sólo para que añadieran una acusación de intento de soborno a un miembro de las Fuerzas Patrióticas de Defensa, ¿verdad?

El oficial no contestó.

—De todas formas —añadió Petkanov, como alguien interesado por razones meramente teóricas en conocer las reglas de un juego desconocido—, de todas formas, explíqueme cómo funciona.

—Cada cupón representa el suministro semanal de los productos relacionados en la hoja. El ritmo a que usted consume esos productos sujetos a racionamiento es cosa suya.

—¿Y las salchichas? Aquí no las veo. Todo el mundo sabe que son mi comida favorita. —Parecía más sorprendido que quejoso.

—No hay cupones para salchichas. Lo cierto es, señor, que no hay salchichas en las tiendas; por consiguiente, sería inútil facilitar cupones para ese producto.

—Muy lógico —convino el anterior presidente. Y empezó a arrancar un cupón de cada hoja coloreada—. Por razones obvias, no necesitaré gasolina. Tráigame todo lo demás —ordenó, y le arrojó al oficial el puñado de papelillos.

Al cabo de una hora se presentó un soldado trayendo una hogaza de pan, 200 gramos de mantequilla, una col pequeña, dos albóndigas, 100 gramos de queso fresco y otros 100 de queso curado, medio litro de aceite de guisar (la ración de un mes), 300 gramos de jabón en polvo (lo mismo) y medio kilo de harina. Petkanov le pidió que lo de-